

patrimoniales del antiguo Yucatán están determinados por el calificativo *maya*. Así como ahora se dice la raza yucateca, la península yucateca, la civilización yucateca, el gobierno yucateco, la patria yucateca, así también se decía antiguamente *maya than*, la lengua maya; *mayab than*, la lengua vulgar maya; *maya uincoob*, la raza maya; *maya pan*, la bandera maya; *maya chuplal*, la mujer maya; *maya cimil*, la mortandad de los mayas; y la capital del antiguo imperio maya se llamaba *Mayapan*.

Así es cómo todos los primitivos escritores, tanto españoles como indios, de consuno, consideran y tienen la palabra *Maya* como nombre propio de la tierra de Yucatán. Se puede citar, entre ellos, al autor del «Diccionario de Motul,» á Cogolludo, á Villagutierre, á Nakuk Pech, y otros manuscritos mayas. Es notable que en estos manuscritos, la palabra *Maya* se empieza á usar para designar á los indígenas de Yucatán en los tiempos próximos á la conquista. Refiriéndose á esta época, dicen los manuscritos, hablando de los yucatecos, *maya uincoob*; y para designarlos en los tiempos más antiguos, dicen: *itza uincoob*.

En contraposición á estas autoridades, están las que, más arriba, hemos ya citado de Martín de Palomar y Gaspar Antonio Xiu. Como hemos visto, el primero asienta que la península no tuvo nombre común antes de la dominación española, á causa de que estaba dividida en muchos cacicazgos independientes entre sí, y cada uno con nombre especial; y el segundo, apoyándose en antiguos poetas mayas, afirma que el nombre antiguo de Yucatán era *Luum citam*.

CAPITULO II.

Descripción geográfica y física del país de los Mayas.—Uitzes.—Costas.—Mareas.—Bahías.—Islas.—Ríos.—Temperatura.—Estaciones.—Cenotes.—Lagunas.—Pozos.—Densidad de la población.

Yucatán, á la llegada de los españoles, era, como hoy, una península bañada, al oriente, por el golfo de Guanajos ú Honduras y por el mar Caribe; al norte, por el Atlántico, que entra al Seno Mexicano; y ceñida, al poniente, por las aguas de este mismo golfo. Al sur, se extendía el reino del Peten Itzá, adonde se habían refugiado algunos de los desgraciados restos de la monarquía itzalana, después de la destrucción y ruina de su capital Chichén-Itzá; mas, en realidad, la población de Yucatán no estaba en inmediato contacto con los itzáes del Petén: un desierto inmenso, hasta hoy casi inexplorado, separaba del Petén-Itzá la parte septentrional de la península, haciendo de ambas regiones pueblos distintos, aunque provenientes de un origen común. Ta-itzá capital de los itzáes, y Na-peten, la principal de sus ciudades, á orillas del lago Yax-ha, estaban bien distantes de los poblados distritos de la parte septentrional de Yucatán: páramos extensos privados de agua, ó espesos bosques, formaban muralla impenetrable entre ambas poblaciones; y si alguna vez se comunicaban, no era ciertamente atra-

vesando este desierto, sino por los ríos del sudeste.

Una serie de colinas, llamadas *uitzes* ó *puc*, sin grandes asperezas, atravesaba la parte central de Yucatán, corriendo del sudeste al sudoeste en líneas ondulantes que se divisaban desde lejos, y que insensiblemente iban desapareciendo en las playas cercanas á Champotón.

Desde aquí, las costas se desarrollaban ya cantiles, ya bajas, ya ofreciendo abruptos picachos; pero desde Campeche, hacia el norte, se extendía llana, libre y desembarazada de crestas, pero sucia de lama y cieno. Escollos y arrecifes la hacían peligrosa en algunos lugares del nordeste y del este, y luego gran número de islas pequeñas, islotes, promontorios, puertos, bahías, bordaban la costa oriental hasta los límites de Honduras. Las playas se sucedían ya tapizadas de césped, ya cubiertas de médanos de arena, ya de ciénagas extensas ó esteros de más ó menos profundidad. Florecientes poblaciones ocupaban estas playas, y, naturalmente inclinadas á la marina, fabricaban ligeros esquifes, en los cuales se entregaban sin recelo á las olas del mar, ó á las corrientes impetuosas de los ríos del sudeste y del sudoeste, y tenían comunicaciones frecuentes con los lejanos pueblos de Ulúa ú Honduras, y con los de Tezulutlan, Xicalango y Xonutla.

Las mareas eran muy fuertes en la costa del sudoeste, y principalmente en Campeche; no así en las costas orientales y del septentrión, en donde jamás se retiraba tanto la mar que dejase en seco una gran extensión, cual sucedía en Campeche no pocas veces.

Partía términos Yucatán con Tabasco en una

barra, situada frente al pueblo de Xicalango, que daba entrada á una laguna muy grande en que podían anclar, libres de todo peligro, muchos navíos. A la entrada de dicha barra, había una isla, llamada de Términos por Grijalva, como de siete ú ocho leguas de bojadura; más adelante, había otro riachuelo y puerto que desembocaba en aquella laguna, y que fué llamado de Boca Nueva; seguíanse dos puertos que se denominaron Puerto Real y Puerto Escondido; y, pasando por ellos, se iba al Puerto de Tixel. Champotón, Campeche y Sisal eran siempre puertos poblados, y luego, siguiendo la derrota del oriente, se encontraba gran número de rancherías, que se poblaban únicamente en la época de la extracción de la sal, de salinas naturales que explotaban los habitantes de los cacizgos cercanos á la playa, tales como Chakán, Cehpech, Akinchel, Cupul, y Chikinchel. Las grandes bahías de la Ascención, del Espíritu Santo y de Chetemal daban una fisonomía especial á la costa del oriente. La bahía de la Ascención estaba muy llena de isletas.

Las islas principales, además de la de Términos, eran la de Aguada, Holbox, Cumtó, Isla Mujeres, Kankú, Cuzmil, Tixhotzuc, Payí, Techol, Tamalcab, y un gran número de islotes, llamados cayos.

En la laguna de Términos desembocaban los ríos Palizada, Chumpán, Candelaria, Mamantel y Chiuohá; junto á Champotón, el río de Champotón; y en la bahía de Chetemal, el Nohukum, que hoy se llama Río Hondo, y el Juluinic, llamado hoy Río Nuevo.

La brisa refrescaba con frecuencia el ambiente de Yucatán, disputándose el predominio con el solano y el sueste. Recios vendabales soplaban de tiempo en tiempo en la época de los nortes, que comenzaba en el mes de Octubre, y solía prolongarse hasta Marzo, en que ya se determinaba la estación de la seca, apenas interrumpida en Abril por algún aguacero, y que concluía en Julio, en que la estación de las lluvias se fijaba, para concluir en Octubre. Ocho meses del año la temperatura era muy caliente, y los cuatro meses de Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero hacía frío, y en este tiempo morían muchos indios, porque estaban acostumbrados al calor, y tenían poca ropa para cubrirse.

Había, pues, dos estaciones principales: la seca y la lluviosa. La entrada de las lluvias era señal de mucho regocijo y vivas alegrías, porque coincidía con la siembra de las grandes plantaciones de algodón y maíz. De su lado, la estación de la seca era celebrada, porque en ella se hacía la cosecha del maíz, del frijol, del ají, del algodón, de la sal, frutos de gran importancia para un pueblo que, como el maya, sacaba el principal sustento de la agricultura.

El suelo, sin embargo, no era en todas partes adecuado para alentar las esperanzas del agricultor, porque si bien, en la parte sur, se extendían dilatadas vegas, sabanas extensas, valles de vegetación esplendente, que acusaban un terreno fértil, y en el oriente no faltaban llanos feracísimos, no obstante, en todo el norte y poniente no se veían más que llanuras petreas y estériles, donde apenas

crecían arbustos escuálidos, árboles de raquítica vegetación, el ágave y el nopal. Peñas, lajas tendidas y compactas casi sin interrupción, y cubiertas de ligera capa de tierra, hacían ingratas las labores agrícolas, poniendo á prueba la constancia y paciencia del agricultor. Lo admirable era que aquí mismo, en estos pedregosos llanos, llamados *tzekel*, orillados por una ciénaga inmunda, y castigados por el calor de la temperatura y la sequedad del terreno, se agrupaba una población numerosa formando algunos de los cacicazgos más poderosos del país. Los bosques eran espesos en el sur y en el oriente, y, aunque ménos lozanos en el oeste, por todas partes ofrecían abundante caza de pavos y venados, tanto que era muy comun ponderar lo copioso de la caza llamando al país *u lumil cutz yetel ceh*, que quiere decir *tierra de pavos y venados*.

Decíase que en el oriente y en el sur la temperatura era un tanto suave; pero en los llanos del norte y del oeste era en alto grado cálida, ligeramente templada por los vientos del mar. La situación geográfica del terreno, no menos que su poca elevación sobre el nivel del mar, hacía á veces intolerable el calor, sobre todo, en los días de las grandes calmas del mes de Agosto.

Contábase, no obstante, que la gente vivía largo tiempo, y que, entre los mayas, los casos de longevidad no eran raros: sería acaso por la sanidad de la atmósfera, la abundancia de mantenimientos, y la carencia de focos permanentes de infección. No es decir que no hubiese criaderos de miasmas, pues las grandes ciénagas del norte, y las aguadas diseminadas por todo el territorio, se convertían á

veces en verdaderos receptáculos de pestilencia; pero el mismo ardor del clima tropical cegaba esas fuentes de la muerte. La sequedad del aire y ausencia de humedad en la estación de la seca, dificultaba el desarrollo de muchos gérmenes mortíferos.

Fuera de las regiones del sudeste y del sudoeste, casi todo el país carecía de ríos, que apenas eran suplidos por los cenotes, depósitos de agua dulce á manera de cisternas ó algibes, que, á veces, tienen tres ó cuatro bocas por donde se saca el agua, y que, en algunos lugares, se encuentra á trece brazas de profundidad, y se extiende diez ó más brazas. Las bocas son de peña viva, extendidas en forma de bóveda ó socarreña, con estalactitas y estalagmitas de caprichosas formas, que están destilando agua, gota á gota, todo el año. En estos cenotes, criase un pescado pequeño, á manera de bagre, y el agua se conserva de ordinario pura y cristalina.

Los más notables cenotes eran: el de Tbolón, los siete de Tekit, los cuatro de Muxupip, los dos de Zací, los dos de Chichén-Itzá, el de Chocholá, el de Chechmilá, el de Maní, el de Zacalum, el de Uayma, los de Ichmul, los tres de Tkuché; el de Zizmop, el de Tinúm, el de Temozón, el de Pixoy, el de Xocén, el de Tekom, el de Kampocolché y el de Zoóil.

Había también algunas lagunetas ó aguadas: unas naturales, y otras artificiales con lecho de piedra labrada, construídas por los naturales. Se distinguían principalmente las de Zahihá, seis lagunetas á dos y media leguas de Mama; la de Yokha, en el cacicazgo de Sotuta; la de Tcoh, en

el cacicazgo de Akinchel; la de Yokhaek,¹ en la medianía del camino de Izamal á Valladolid; la de Holkobén, la de Chaancenote, la de Chauac-há, la de Tcoy, la de Chikinonot, la de Panabhá, la de Kampocolché, la de Maní, la de Chichankanab, la de Holuaolpoch, y la de Bakhahal.

Tenían, además, el recurso de los pozos, abiertos á mano, que les suministraban agua suficiente para los usos domésticos. Al cavarse estos pozos, se sacaban, con la tierra y piedras, conchas de caracoles y ostiones, y esto, desde que se empezaba á abrir el pozo hasta dar en el agua, que se encontraba ordinariamente á diez ú once brazas de profundidad.

La escasez, pues, de aguas corrientes hacía la tierra desprovista de humedad, de modo que, al caer las lluvias, encontraban el terreno ávido de agua, y, si eran abundantes, uniéndose á lo caliente del clima, producían una vegetación exuberante. Las plantas nacían y crecían con vigor y rapidez: el maíz, el algodón, el frijol, el ají, el boniato, el ñame, se producían y recogían año por año para el consumo de la población. Esta se multiplicó extraordinariamente, y era tan crecida en los tiempos coetáneos al primer descubrimiento, que á los descubridores los admiró la densidad de la población, hasta el grado de parecerles como si todo Yucatán fuera un solo pueblo.

¹ Llamóse así, al decir de los mayas, porque en esta laguna cayó una estrella, con grandes lluvias. *Relación del Cabildo de Valladolid á S. M.* cap. VIII.